

Iglesia, sin embargo, concede plena libertad. Quiero igualmente conceder que algunos tengan odio á la Compañía por el mucho mal que han oído decir de ella; pero sobre todo, y principalmente se la aborrece, porque se aborrece á la Iglesia. No quiero decir con esto, que la Iglesia y la Compañía se confundan en una misma cosa; libreme Dios aún de la sombra de tal pensamiento; sino que profesando la Compañía especialísima obediencia á la Santa Iglesia, y trabajando en servicio de ella, el que odia á ésta, no puede menos de aborrecer á una corporacion que la ama entrañablemente; demás que con la apariencia de hacer la guerra á la Compañía se puede hacer daño á la Iglesia con más facilidad.

XVI

El jesuitismo y el antijesuitismo.

El declamar abiertamente contra la Iglesia, el impugnarla, el contradecirla, sería en los

países católicos un escándalo, y causaría horror universal, mientras que el impugnar únicamente una corporacion religiosa, especialmente si esto se hace con cierto barniz de hipocresía, insinuando, por ejemplo, que se hace por el honor de la misma Iglesia, la cosa pasa más fácilmente, y pocos son los que descubren el fraude; y entonces con el pretexto de jesuitismo, se puede impugnar todo lo que hay de más sagrado y vital en la Iglesia. Entonces se declama contra la verdadera piedad, la frecuencia de sacramentos, la oracion, la meditacion, el culto externo, la penitencia, etc., etc., como si todo eso no fuese más que misticismo jesuítico; y el mundo, que en materias religiosas tiene buenas tragaderas, escucha con placer esta doctrina. La obediencia á los príncipes, la dependencia de los Obispos y sacerdotes, se convierten luego en exageraciones jesuíticas; el celo ferviente, que procura promover todo bien espiritual, é impedir la pérdida de las almas, es una agitacion, una conspiracion jesuítica; en una palabra, toda la actividad divina de la Iglesia,

todas sus instituciones pueden impugnarse con aquel nombre, y aún ser destruídas con ese pretexto; y mientras se defiende el partido de los herejes, de los impíos, de los irreligiosos, se evitan todas las apariencias de hostilidad á la Iglesia, y hasta si se hace con un poco de destreza, se adquiere la reputacion de apolo-gista y defensor de la religion bien en-tendida.

Se hace más y mejor todavía. *Lo odioso de este nombre*, escribía Mazzini en sus instruccio-nes de 1846, *es una palanca para los socialis-tas; recordadlo*. Con lo cual quiere decir, que para deshacerse de aquello que estorba, nada hay mejor que sofocarlo bajo el nombre de Jesuíta. Y de hecho vemos extenderse este nombre y aplicarse á todo aquel que se de-clara católico sincero. Son Jesuítas, innumera-bles clérigos y sacerdotes de toda edad y jerar-quía, Prelados insignes por su apostólico ce-lo, Obispos, Cardenales, Príncipes, hombres de Estado, generales de ejército, periodistas hasta señoras, que no transigen con el mun-do, ni se avergüenzan de Jesucristo. A estos,

teniéndoseles por Jesuítas ó afectos y seme-jantes á ellos, se les compele á que ó se afi-lien la partido que los odia, ó permanezcan callados por huir aquella humillacion y aba-timiento, ó al menos se disminuye, ya que no se anule la autoridad que podrían ejercer para el bien, aunque no fuese con otro medio que con el ejemplo.

Por otra parte, bajo el nombre de jesuitis-mo se puede acreditar entre el vulgo de los ne-cios la teoría que ahora inculcan algunos con tanta frecuencia de dos Dioses, de dos Cris-tos, de dos Evangelios, de dos Iglesias, de dos Papas, de dos justicias, de dos morales; teo-ría que maravillosamente conduce á sus fines. Y esto es porque con ella se abre ancho campo á los distingos, y se puede acreditar que los liberales modernos no son contrarios al verdadero Dios, al verdadero Cristianismo, mas sí al Dios inventado por los Jesuítas, al Cristianismo por ellos fabricado.

De aquí que cualquier cosa que se hace en la Iglesia por el Papa y los Obispos, si es con-traria á sus planes, se hace pasar como insi-

nuada, persuadida, deseada por los Jesuítas, mas en ningun modo perteneciente á la Religion. Son los Jesuítas los que se burlan del Papa, como de un juguete; los que le dictan el *Syllabus*, las alocuciones y encíclicas, y le obligan á figurar como prisionero, y lo inflaman en el deseo de conservar el poder temporal *irreparablemente* perdido. Son los Jesuítas los que han engañado al Concilio Vaticano, y le han arrancado la definicion del dogma de la infalibilidad pontificia, como antes habían arrancado del Papa el otro dogma de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María, para hacer de él un instrumento de preponderancia en la sociedad. Son los Jesuítas los que seducen á las santas Congregaciones romanas, y les hacen decretar lo que mejor les parece y acomoda; los que rodean á los Obispos y al clero, y los reducen á la esclavitud del Pontificado con falaces astucias; los que, en suma, cortan las alas á los ingenios libres, ponen en contradiccion la civilizacion con la piedad, hacen imposible la conciliacion del progreso con la fe, y falsifican y pervienten y vician todas

las cosas en el Catolicismo, con el objeto de ser los dueños, y sujetarlo todo á su dominacion. En una palabra, fingiéndose impugnar solamente á los Jesuítas, bajo esa máscara se impugna, sin incurrir en odiosidad, á la autoridad de la Iglesia, á la verdad de la fe, á las prácticas del culto, á las leyes morales del Cristianismo, y se entronizan la licenciosa libertad de hoy, el progreso del error, el culto masónico del porvenir, la necesidad de la conciliacion entre cosas irreconciliables, y todas las maldades satánicas que ha inventado la impiedad moderna coligada con la ignorancia y el poder.

¿Quereis la prueba de esto? Pues la teneis casi en todos los libros que impugnan á la Compañía, donde se ve claramente, que las prácticas que en ella se reprenden, no son otra cosa que las prácticas de la Iglesia católica. El famoso Gioberti, que compendió á todos los detractores pasados de la Compañía, y suministró el tema á todos los futuros, no hizo otra cosa que impugnar en cinco grandes tomos toda la religion católica bajo el nombre de Jesuitismo. Teneis otra prueba de la misma

verdad, indirecta, pero eficacísima, viendo que todos los que aborrecen á la Iglesia, aborrecen á la Compañía y viceversa. Citadme, si podeis, un gobierno, un escritor, enemigos de la Compañía, que no haya igualmente dirigido sus tiros contra la Iglesia. Pombal maltrató de mil modos á la Compañía en Portugal, pero hizo poco menos que cismático á aquel reino antes tan piadoso. Despues de su muerte, aquel gobierno reanudó sus relaciones con la Santa Sede, y llamó tambien á los Jesuítas; mas volviendo luégo á sus disputas con Roma, expulsó á los que había llamado. En España se han mudado los ministerios en los últimos sesenta años con más frecuencia que las hojas de los árboles; pero es observacion constante, que todos los que cortaron sus relaciones con la Santa Sede, principiaron siempre persiguiendo á los Jesuítas; así como, por el contrario, sus pendieron esta persecucion todos los que dejaron de luchar contra Roma; la supresion de la Compañía en Francia, fué la señal de la guerra contra la Iglesia; la abolicion del culto católico y el templo de la diosa Razon la lle-

varon más adelante; pero restaurada la Religion, fuéronlo tambien los Jesuítas. Ahora se les ha vuelto á expulsar: ¿qué sucederá despues? Quien pueda aguardar mucho, aguarde días prósperos para la Iglesia. En cuanto á la Italia actual, el que no lo vea con sus propios ojos, tampoco lo verá por más que yo se lo explique. La expulsion de los Jesuítas fué el primer paso; y los siguientes fueron una larga serie de insultos á la Iglesia; todavía no se sabe cuál será el último.

Continua es la alternativa de Gobiernos, ya católicos, ya volterianos, en las repúblicas de América, los cuales ora hacen la guerra á la Iglesia, ó ya se reconcilian con ella; pero la señal infalible y constante de sus tendencias es siempre la guerra que se declara á los Jesuítas, ó la paz que se les concede.

Los escritores, particulares ú hombres de Estado, que en estos últimos años han defendido á la Santa Iglesia con la pluma ó con sus obras, todos ellos han sido muy adictos á los Jesuítas. Por el contrario, todos aquellos que con una mano ultrajan á la Santa Iglesia, con

otra vilipendian á la Compañía. Finalmente, aquellos que habiendo sido en un tiempo sumisos á la Iglesia, se convirtieron después en enemigos suyos, cambiaron á la vez en abierta hostilidad su primitivo amor á la Compañía. Lamennais hacía de ésta maravillosos elogios cuando era apologista de la Religion: despues escribió contra ella al convertirse en adversario de la Iglesia. Y el lector no ignora, que cierto escritor moderno que había defendido tan noblemente á la Compañía, al perder por causa de una utopia suya la reverencia debida al Vicario de Cristo, la perdió á la vez contra el venerable anciano que con tanta prudencia y piedad rige á la Compañía. ¿Qué más? El mismo Gioberti prodigó sus alabanzas á ésta mientras se mostró sumiso á la Iglesia; pero cuando rompió descaradamente con la primera, todos saben lo que escribió contra la segunda. Y baste lo dicho sobre esta materia, sin descender á casos particulares. Porque si á alguno no le basta para su desengaño ver que los enemigos de la Compañía son constantemente los herejes, los jansenistas, los revolucionarios,

los regalistas, todos los enemigos de la Santa Iglesia; que las acusaciones dirigidas contra ella, son frívolas, insubsistentes, y sobre todo, contradictorias; que sus amigos y protectores son todos los Santos que florecieron en la Iglesia en los últimos tiempos, todos los Sumos Pontífices que se sentaron en la cátedra de Pedro, sin excluir á aquel que por extrañas circunstancias de los tiempos, y por inaudita violencia tuvo que suprimirlos; todo el Episcopado con los más sinceros apologistas de la Religion; para quien todo esto no basta, inútil es cualquier otro discurso, como son inútiles los rayos del sol á aquellos que cierran voluntariamente los ojos.

XVII

Conclusion.

Ante todo sacaré de dos autores que me han suministrado varias razones, una conclusion que confirmará lo dicho hasta aquí.

Sabido es que en el siglo XVI Lutero, y después Calvino, abandonando las banderas de Cristo, para satisfacer más libremente los apetitos de la carne y su orgullo, se echaron en brazos de Lucifer, y se alistaron ferozmente en sus filas. Fruto de esta apostasía fué la perversión de gran parte de Europa, y sobre todo, el espíritu de rebelión contra la autoridad divina y la humana, y la desenfrenada licencia en pensar y obrar que son naturales consecuencias del protestantismo.

Pero mientras Lucifer recibía en sus brazos á aquellos renegados, refugióse en los de Jesucristo Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús fundada por él. La cual fué, en los eternos consejos de Dios, según dijo la Santa Sede y demostró la experiencia, uno de los extraordinarios auxilios enviados á la Iglesia en la terrible guerra promovida contra ella por el infierno, para que alcanzase gloriosamente la victoria. Y que Ignacio y la Compañía fueron suscitados por Dios para oponerse á la general apostasía que se ocultaba bajo el nombre de *Reforma*, lo han confesado los más

acerbos enemigos del Catolicismo, reconociendo como verdad lo que la Iglesia afirma en la Sagrada liturgia, ó sea que San Ignacio «*declaró la guerra á la herejía, con tal éxito, que es comun sentir, confirmado por el oráculo de los Pontífices, haber Dios opuesto á Ignacio y su sociedad contra Lutero y demás herejes de su tiempo, como ya había enviado contra los anteriores á otros varones esclarecidos en santidad.*»

La historia de los últimos siglos demuestra cómo la Compañía de Jesús reputó por su principal deber el combatir la Reforma y sus más fuertes trincheras, y aunque envió sus hijos á plantar el árbol de la Cruz en todos los ángulos de la tierra, hasta en los países más bárbaros y salvajes, sin embargo, retuvo en Europa la fuerza mayor y más terrible para los sectarios de la Reforma. De ésta nacieron el jansenismo y el iluminismo, de los que provienen carbonarios y francmasones, que ya solapada, ya descubiertamente siguieron la misma guerra con más enconada rabia. El grito guerrero del ejército de Lucifer fué en su

primer periodo: *no haya Papa*; en el segundo, *no haya Cristo*; y ahora *no haya Dios*. Triple forma de la rebelion satánica, á la cual Ignacio contrapuso la triple divisa que resplandece inmortal en su estandarte: *Siempre con el Papa, siempre con Cristo, siempre y todo para la mayor gloria de Dios*.

Fácil es comprender por esto que las sociedades masónicas, los impíos, los herejes, bajo la capa de enemigos de los Jesuitas, de su moral y política, persiguen verdaderamente á Jesucristo y su doctrina, á la Iglesia y su apostolado, para entronizar el racionalismo, el ateísmo y el más desenfrenado libertinaje. Así es que odia en la Compañía de Jesús el nombre sacrosanto que lleva, el grande espíritu de Ignacio que la anima, su actividad en el servicio y defensa de la causa de Dios; odia sobre todo su completa é incondicional sumision al Pontífice, cuya ruina imposible es el absurdo fin de tantas tramas y conjuraciones infernales. Hoy, bien lo saben los católicos y lo ven hasta los ciegos, solamente los necios y los imbéciles pueden dejar de descubrir que la

persecucion movida contra los Jesuitas nace del odio á Jesucristo y su reino, y tiende á destruirlo. Para comprenderlo, ni se necesita ni de ciencia, ni aún de gran perspicacia. Engañanse tan sólo aquellos que desean ser engañados. Basta observar, teniendo por guía el natural sentido comun, quiénes son los perseguidores, enemigos todos, cuál más, cuál menos de Dios, é ignominia, moralmente hablando, del género humano; cuáles son las armas empleadas para perseguirlos, todas cobardes y bestiales, puesto que se reducen á la calumnia y á la violencia; quiénes son los perseguidos, hombres de vida honrada, virtuosa y útil para el bien, de quienes jamás pudo probarse ninguna maldad ó delito; y, por fin, á qué tiende la persecucion, que es á desarraigar la fe de Jesucristo de los corazones cristianos.

Tan evidente es esto á los ojos de los católicos, que cabalmente á causa de la feroz y diabólica persecucion con que distinguen á los Jesuitas las sectas anticristianas, tienen aquéllos á gala honrarlos con más especial

amor y confianza. Del mismo modo se la otorgan, con su proteccion, la flor del Clero, el Episcopado y la Santa Sede, la cual sabe que siempre los tiene á su lado, bajo su bandera, y prontos á dar por ella la sangre y la vida.

En cuanto á los Jesuítas mismos, conocen demasiado bien que disfrutan el favor de este odio, tan señaladamente honroso, sin mérito suyo particular, por singular gracia de Aquel á quien plugo adornarlos con este nombre, á condicion de que en ellos se cumpliese perpetuamente su divina palabra: *Sereis objeto de odio por causa de mi nombre*. Por esto se consideran dichosos siempre que se les maldice y vitupera, se los destierra y dispersa *propter filium hominis*; dan gracias á Dios de que en ellos se cumpla á la letra aquella bienaventuranza: seréis bienaventurados cuando se rechace vuestro nombre como ignomioso: *Beati eritis cum... ejecerint nomen vestrum, tanquam malum*. Conocen que la maligna persecucion con que se les atormenta, es ley de su existencia, y no olvidan que su heróico Padre les dejó esta creencia como el más precioso tesoro

que había recibido del corazon del Hombre-Dios, asegurándoles que solamente de berían contristarse por sí y por el Instituto cuando el mundo cesase en perseguirlos; caso que hasta ahora, por singular beneficio de Dios, no se ha verificado.

Este odio fortalece, por otra parte, á la Sociedad, siendo causa de que continuamente crezca su número, y acudan á ella los más selectos y generosos corazones, para quienes nada es más seductor que este odio implacable, mezclado con el que arde en el infierno, contra Cristo, contra su Iglesia y su Vicario. Por esto puede decirse que toda la florida juventud que en Europa y América se alista hoy bajo el estandarte de Ignacio, corre á él, movida del ardiente deseo de participar de la gloriosa persecucion que lanza contra la Compañía el fanatismo, cubierto con los colores de *civilizacion y progreso*.

Terrible es la prueba que los Jesuítas tienen que sostener en este siglo de apostasías. Por todo cuanto se fatigan y consumen en bien de los pueblos, no reciben otra cosa que maldi-

ciones, sospechas, envidias, difamaciones, injusticias, proscripciones, despojos, insultos y hasta la muerte. Está bien: *in hoc nati sunt*. Para esto han venido á la Compañía. Mas nada importa este horrible espectro de males, ni importará jamás, mientras Dios use de misericordia con los que sigan fieles á la gran divisa que encierra todo el secreto de la estrategia cristiana: *Se muere, mas no se cede*. Pero esta es una divisa que ni quiere ni puede entender nuestro siglo, tan fértil en transacciones cobardes, y vergonzosas capitulaciones; y por el contrario, todo Jesuíta la lleva impresa en el corazón con caracteres de fuego. Aunque se pierda todo, hasta la vida, por no hacer traición á la Iglesia, al Papa, á Cristo, nada se pierde; siempre sale uno vencedor. Por el contrario, todo se perdería si por deseo de aura popular ó terrenos favores, se cediese una sola verdad, un derecho solo de Cristo, del Papa, de la Iglesia.

Créanlo y persuádanse de ello los franc-masones y demás enemigos de la Compañía: aquí está toda la fuerza de ella; y ni con

calumnias, ni destierros, ni decretos, ni leyes, ni con la muerte será vencida jamás. Quedaría no sólo vencida, sino aniquilada, cuando se lograra extinguir en el corazón de sus miembros la vida sustancial que reside en aquel divino grito de guerra: *Se muere, mas no se cede*. Pero este triunfo es harto más difícil que desterrarlos, infamarlos, fusilarlos. Se dice que un general de Jesuítas, á quien proponía un Papa ciertas modificaciones en el Instituto, respondió: *Sint ut sunt, aut non sint. Sean como son ó dejen de ser*. Esta es una fábula; ningún general de los Jesuítas habló de tal modo al Vicario de Cristo. Pero la verdad es que las personas prudentes y religiosas, así como la Iglesia misma, no sufrirían en ella cambios de costumbres y doctrinas por complacer al mundo. *Sint ut sunt*: esto les conciliará siempre el amor y la adhesión de los buenos.

INDICE.

	<i>P á g i n a s</i>
INTRODUCCION.....	III
<i>I. Acusaciones contra los Jesuitas; muchedumbre y gravedad de ellas.....</i>	<i>I</i>
<i>II. Las acusaciones contra los Je- suitas se contradicen mútua- mente.....</i>	<i>4</i>
<i>III. De cómo se explican las acusa- ciones contra la Compañía..</i>	<i>8</i>
<i>IV. De donde proceden las acusa- ciones contra la Compañía..</i>	<i>12</i>
<i>V. De cuán injustamente hayan sido condenados los Jesuitas..</i>	<i>17</i>
<i>VI. Los Jesuitas y los Santos, desde la fundacion de la Compañía hasta nuestros tiempos.....</i>	<i>20</i>
<i>VII. Testimonios de Papas en favor de los Jesuitas.....</i>	<i>31</i>

	<u>Páginas.</u>
VIII. Consecuencias de lo dicho hasta aquí.....	42
IX. Terrible excepcion: la supresion decretada por Clemente XIV.....	59
X. Los Papas y los Jesuitas en los cien últimos años.....	72
XI. Los Jesuitas tienen en contra suya hombres doctos, hombres santos, Gobiernos ilustrados..	81
XII. ¡Los Jesuitas han enseñado tantos errores!.....	90
XIII. ¿Luégo son impecables los Jesuitas? ¿Son necesarios á la Iglesia?	101
XIV. ¡Los Jesuitas intrigan tanto, tienen tanto dinero!.....	108
XV. ¡La Compañía de Jesus es impopular!.....	117
XVI. El jesuitismo y el antijesuitismo.....	122
XVII. Conclusion.....	131

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

